
Prefacio

Con gran satisfacción escribo la presentación de esta publicación conjunta de Ediciones Mad y Fundación Soles, texto que consolida una línea de reflexión e investigación en torno al tema de la colaboración.

La colaboración —en una de sus acepciones—, la acción solidaria, ha estado en el centro del quehacer reflexivo y de intervención social desarrollado en los últimos quince años por la Fundación Soles, que presido. La investigación empírica que llevamos a cabo en 1991 nos sorprendió con resultados inesperados; entre ellos, el que junto a la percepción de la vigencia de una cultura individualista, se afirmara que el ejercicio de la solidaridad no sólo beneficia a los receptores de la acción solidaria, sino también a quienes la ejercen, puesto que la vivencia solidaria es considerada una necesidad humana básica, cuya satisfacción incide en el bienestar y la salud mental de las personas.

En ese entonces estimamos que, si ello era así, era dable esperar que intervenciones contraculturales, como el fomento de la acción solidaria, tendrían una amplia respuesta por parte de la ciudadanía convocada. Bajo dicha hipótesis, iniciamos diversos proyectos de intervención social, los que, a nuestro modo de ver, la han comprobado ampliamente a lo largo de los últimos diez años. Esto nos ha llevado a tener una posición no neutra ante el tema, de manera que los hallazgos de la mayoría de los trabajos que contiene esta publicación nos satisfacen más allá de la concordancia intelectual.

Así, por ejemplo, los autores Arnold, Thumala y Urquiza, que reflexionan en torno a las paradojas que acompañan la modernización, observan que a pesar de que la sociedad contemporánea se autodescribe como individualista y más bien muestra desinterés por los proyectos colectivos, mantiene prácticas colaborativas de diversa índole. Los autores concluyen que los proyectos modernizadores, aunque se fundan en promover los intereses propios y el éxito personal, no abandonan prácticas que favorecen la inclusión y equidad social; incluso, observan que dichas prácticas conllevan para los involucrados satisfacciones que van más allá del beneficio económico.

En la línea de develar ámbitos en los que la visión de la sociedad individualista es resistida, Paulo Enrique destaca que la crisis del paradigma desarrollista ha facilitado la revalorización de la cultura, y con ella ha surgido una nueva comprensión de la cotidianidad de la familia, la que progresivamente toma un lugar estratégico en el nuevo orden social democrático brasileiro. En el mismo Brasil, Breno Fontes observa cómo son construidas las redes asociativas y destaca el papel de la densidad del capital social, mostrando cómo este multiplica la asociatividad por medio de la construcción de redes.

Otro ámbito interesante es el que nos muestra Ana María Raad, al destacar cómo Internet, siendo un medio 'neutro' y que según quiénes lo utilicen será el tipo de relaciones que establezca, facilita cambios culturales al amplificar formas y prácticas sociales promovidas por la sociedad civil, constituyéndose en una poderosa herramienta para potenciar su accionar en pos de una diversidad de formas de colaboración.

Pero no todas las visiones nos muestran el lado luminoso de la colaboración. Valoramos también los aportes críticos, en tanto evitan caer en posturas complacientes y aportan perspectivas necesarias a la hora de definir intervenciones sociales. Adriana Marrero nos ofrece una relectura del capital social desde la interpretación de un estudio empírico. Sostiene que la noción de capital social ha pasado de ser un concepto teórico del ámbito del análisis económico a un modelo de desarrollo para enfrentar la pobreza, concomitante con el retiro del Estado como impulsor de políticas públicas. Su artículo examina aspectos críticos de dicho modelo a la luz de una experiencia práctica.

Por su parte, María Cristina Reigadas sintetiza algunos de los resultados obtenidos en una investigación desarrollada en Buenos Aires, cuyas conclusiones señalan ambigüedades y tensiones entre el discurso y las prácticas en asociaciones voluntarias. Los voluntarios muestran una valorización de las relaciones intragrupal frente a una baja confianza extragrupal, lo que redundará en un autocentramiento en la propia organización, privilegiando los vínculos con los iguales. Asimismo, imperaría aún el viejo estilo de voluntariado paternalista, con liderazgos fuertes, y basado en el carácter misional de la tarea, amén de la valorización de una racionalidad profesionalista políticamente neutra.

Los autores Román, Tomicic y Avendaño hacen una revisión crítica de la polisemia que observan en el empleo del término solidaridad. Ellos destacan que el vocablo es utilizado en una variedad de acepciones, con diversos sentidos, en distintos contextos y apelando a acciones también diferentes. Pasan revista a una suerte de estado de la solidaridad en Chile, en la que es posible apreciar un movimiento desde una solidaridad mutualista de Estado, pasando por una solidaridad altruista de sociedad civil, a otra —apreciable en discursos neoliberales y del

liberalismo social— mediada y entendida en los términos del mercado, la que ven como consumo egoísta e inversión.

Las diferentes aproximaciones al tema de la colaboración, la solidaridad, el altruismo y otros conceptos relacionados que han surgido en los últimos años —como testimonian los trabajos de la presente publicación— nos hacen pensar que el tema podría constituir una respuesta social global a los problemas derivados de una lógica modernizadora que ha llevado la racionalidad instrumental a desarrollos extremos. ¿Podrían aportes desde la biología y la sociología sistémica constituir indicadores en tal sentido? Es lo que me gustaría optimistamente concluir.

Desde una mirada biológica, Virginia Garretón y Paula Salinas revisan algunas de las hipótesis actuales en biología acerca de la competencia y la cooperación, en busca de evidencias que permitan afirmar que la cooperación está presente en los genes humanos. A pesar de no haber evidencia científica al respecto, las autoras destacan que los ejemplos de cooperación y altruismo presentes en la naturaleza son múltiples, desde en las bacterias hasta en los seres humanos.

Quizás sin proponérselo su autor, el artículo que puede despertar mayor optimismo ante el futuro del quehacer colaborativo o solidario, sea el de Aldo Mascareño. Desde una sociología sistémica, el autor observa la incipiente diferenciación de un sistema global de cooperación. El proceso de diferenciación funcional que caracteriza a la sociedad moderna supone el desarrollo de sistemas que se especializan en la resolución de problemas sociales, como el sistema económico, el político, el de la ciencia y otros. La formación de organizaciones especializadas en la resolución de problemas de exclusión, por una parte, y la vigencia de semánticas como la de los derechos humanos, por otra, serían para el autor indicadores inequívocos de la formación de un sistema funcional de la solidaridad a escala mundial.

La publicación de *Colaboración, cultura y desarrollo*, el hecho de reunir trabajos surgidos desde diferentes disciplinas y la consolidación de una línea de reflexión e investigación en torno al tema de la colaboración, son a la vez pasos e indicadores indiscutibles en la dirección de la eventual formación de un sistema de la solidaridad, a los que tengo el privilegio de sumar la voz de nuestra fundación.

CECILIA DOCKENDORFF
Presidenta
Fundación Soles